

LOCURA Y PODER

Discurso psicótico, discurso psiquiátrico y orden manicomial, configuran esto que nuestra sociedad contemporánea a dado en llamar - no sin confusión, ambigüedad y por que no Mala Fe - La Locura.

No es mi intención detenerme aquí a analizar las particularidades de un discurso, el psicótico, que con su insistencia Real socaba desde que el hombre es-su-ser.

Discurso de lo indecible, bizarrería de sentido, que al igual que en el relato del sueño, el chiste o la poesía, nos golpea duro y bajo, en el sexo precisamente.

Discurso acerca de la verdad que se oculta en las mil vueltas del delirio, en los rincones de la alucinación, en las voces severas de una palabra, de aquella que en su caída revela la dimensión mortificante del significante y su disposición ajena a toda posición totalitaria y cautivante, la del significado y sus artificios de poder por ejemplo.

Discurso de la esquizofrenia del ser, donde el sujeto es contingente al goce de su palabra. En suma señor, no podemos olvidar (dirá Lacan) que la locura es un fenómeno del pensamiento.

Allí donde el psicótico nos piensa agregamos nosotros, en el lugar preciso donde su palabra hace ruido de real aún siendo falsa, o más precisamente por ello.

Es que el lenguaje del hombre es instrumento de su méntira, pero ¡cuidado! atravesado de punta a punta por el problema de la verdad.

Y cuando de la verdad se trata no existen ni amos ni amores, ella a diferencia de la ciencia no es mujer y los prefiere psicóticos.

Preferencia de la verdad por no ser toda dicha, infortunio, explosión del ser en mil partículas, estructura del sujeto de la psicosis donde el infinito deslizamiento del significante no se agota en sentido, más bien retumba, cascotea la vitrina del yo hasta hacerla añicos.

¿Será la psicosis al igual que la verdad una estructura de ficción? •

Asusta, digo que asusta que el Otro hable sin respeto, despreocupado del orden al que sin quererlo nos sometemos todos, o casi todos los no psicóticos, al menos Uno (-1).

Pero no es cuestión pensar que el psicótico goza, - cosa que de ser - sería piedra del escándalo (o de la locura). Su suerte en ese punto es la de cualquier mortal, la diferencia la hace su doctrina. Galeote abanderado de un "saber de lo real", no hace puerto en lo simbólico más que para anunciar el destino trágico de todo aquel que por hablar se muera. Y es allí donde catatónico es capaz de (en)callar su nave hasta el punto en que el horror pone fin a su travesía, dejando a su otro, el psiquiatra y si se descuida, por qué no al psicoanalista, en la perplejidad más absurda. En aquella que llena con su malestar las aulas de las universidades, y si no se molestan, la de los centros culturales.

De ser Psiquiatra, Psicólogo o Botánico, el supuesto saber de una práctica ininterrumpida deberían convertir este texto en un discurso ilustrado, facetado, capitulado, pleno de clasificación, o en su defecto de comprensión acerca de lo que al psicótico le pasa.

Pero la función del psicoanalista respecto de la psicosis es creo otra cosa. Y Ello aún está por verse.

Por lo tanto espero sabrán disculpar aquí los pequeños restos de una escucha.

Escucha que sostiene todavía los efectos de transformación de lo simbólico en un Real Imposible, al que cualquier psicoanalista que se a-precie de tal debería hacerle frente.

Claro que hacer frente no implica poner la cara, ya que el psicótico en su afa(no) de verdad la-pela.

¿No es esto acaso lo que ciertas psicoterapias de psicóticos revelan? Cari-pela del discurso psiquiátrico en su confronte con el discurso psicótico.

Se trata entonces de otra causa. Si la Causa freudiana es la nuestra, sin ser el analista Gradiva del psicótico, podrá tal vez, hacer "sitio de palabra", colocar allí en el brote del esparcimiento psicótico, fuga destructora o de estructura, un nombre, donde el Padre en su dimensión de resto (a — β), sin ser patrón haga marca en lo real y permita que el goce dominio del cuerpo muerto re-viva en la muerte simbólica de un cuerpo que por simbólico vive en lo Real.

Si la anatomía es el destino, el cuerpo sin órganos de la psicosis deberá hallar - no siempre se logra - un espacio de texto donde la palabra del Otro encuentre su historia, su pequeña historia, la de todos los días.

¿Pero que hace con Ello la psiquiatría en su discurso?. Diremos, ¡oh! paradoja, que lo soporta bastante mal. De otro modo, se le hace insoportable.

Allí donde el sujeto se precipita en el reclamo de un nombre que falta - desde un mundo donde solamente algunas "voces" alientan ese desanclaje tan profundo - el discurso psiquiátrico, heredero del discurso del Amo, en su legalización universitaria, coloca uno, pero no ese Uno que hace falta en el Otro, sino si se me permite citar una de las marcas de Lacan, S₁, el significante Amo, que cierra en nombre de alguna clasificación cosificante toda palabra del Otro. La del inconsciente precisamente.

Función del poder psiquiátrico, que cabría recordar afecta no solo al sujeto psicótico o a sus supuestos, sino y fundamentalmente - desde su designio de control social - a todos aquellos, que apartados de las normas morales pre-establecidas serán denominados "mentalmente enfermos" y a posteriori - por el saber socialmente conferido - posiblemente tratables. Segregables deberíamos decir ya que siempre de eso se trata.

Parafraseando Artaud, la profesión que ejercen está juzgada de antemano.

Es acaso menester recordar propuestas tales como la del Dr. Arnold Hutschenecker, médico personal del Nixon, quien en los años setenta intentó poner en marcha un proyecto que consistía en someter a todos los niños norteamericanos de seis años de edad a un test evaluatorio de sus potencialidades criminales, ¿para curar precozmente las tendencias violentas?

¿Y qué decir del discurso de la psiquiatría Nazi en sus operaciones de purificación mental? ¿Tendremos que recordar aquí la existencia de los así llamados laboratorios

destinados a fomentar la psicología y cultura racial? ¿O la existencia de 2000 psicólogos preparados a promoverla y evaluarla?

Y que se pregunte aquí por los campos especiales de la Unión Soviética, donde los disidentes se transforman por obra y gracia de la psiquiatría reflexológica en verdaderos dementes.

¿Es que tendremos que preguntarle al Sr. Fidel Castro que se hace en el Hospital Neuropsiquiátrico de La Habana?. Donde al menos en las publicaciones más recientes, catecolaminas y cerebros. ¿O es que allí a la psiquiatría no se la interroga en nombre de la revolución? *

No. ¡Que va! digo que el león es un sanguinario en toda generación.

Que no se crea que de esto el psicoanalista se halla exento, y para aclararlo digamos que no es cuestión de profesiones. Por el discurso psiquiátrico han pasado y pasarán muchos psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas y otros tantos. Es al discurso del poder - siempre encarnado se entiende - al que me dirijo.

A ese discurso de la psicocracia que se oculta aún detrás de las escuelas más freudianas. Discurso que relega siempre el placer para más tarde o en su defecto lo hace inoportuno. Discurso de una lógica totalitaria donde el lapsus es error y el sueño pura pamplina.

Discurso de la conciencia de cualquier clase donde el deseo de sexual se hace social y de social, psicología de las masas.

¿Es que no se entendió todavía que el deseo se resiste a todo poder y que la psicosis es su ironía?

Pero vayamos al Manicomio, u Hospital Neuropsiquiátrico como se ha dado en llamarlo. De él diremos, si es que alcanzan las palabras, que su función es bien otra de la que aparenta.

Su nacimiento, bastante reciente, forma ya parte sin embargo, de una de las tantas representaciones de nuestra conciencia. Se ha hecho carne se diría.

Encarnación y perfeccionamiento del discurso del Amo en su evolución hacia el discurso Universitario, donde el manicomio es su casa, o si se prefiere se halla allí como en su propia casa. En familia.

Pinel, Esquirol, los padres del asilo, buenos padres de familia, ciudadanos ejemplares, fieles sostenedores de los dispositivos del poder fueron electos por ello en respetuosos guardianes del orden. De un Orden, - seamos honestos en eso - que desde siempre se vió amenazado por las particularidades del decir psicótico o del loco, como se prefiera llamarlo. Pero sobre todo esos siempre insoportables que según se dice, al igual que los niños hablan toda la verdad, o por lo menos eso se teme.

Ese loco que ya aparece descrito en algunas novelas del siglo XVI, los - "beffas" florentinas entre otras - como aquel que no se preocupa por las ropas que lleva, amigo de todo el mundo y no atado a nada ni a nadie, que no se somete a las leyes. El verdugo, los

* Debemos destacar el esfuerzo de un grupo de psicólogos y psiquiatras que en los últimos años se dedica a la dura tarea de descompletar la psiquiatría.

esbirros, los hombres de ley no tienen poder sobre él.

¿Cómo soportar socialmente tal impertinencia, pero más concretamente, cómo atender su reclamo de Ser allí donde nadie desea ser-lo?.

Desconocer que el discurso psicótico es fantasma del discurso del Amo, es precipitarse a razones de exclusividad social donde el inconsciente no tiene nada que desear.

El "bufon" de palacio, y la licencia concedida al loco en su verdad forman parte de las relaciones de correspondencia entre el poder y la locura. Relaciones de complejidad, de fina trama, que la locura mantiene con el orden político y que le permite existir. Arriesgaría decir "Palacio-primero-Manicomio-luego".

Si el Poder constituyó el espacio manicomial lo hizo en principio, no por que la locura en su estado le resultase intolerable, - en cuyo caso cabría pensar por qué en determinado siglo - , sino más bien porque sus ocupaciones de control social dejaban ya el familiarismo de palacio y por lo tanto las posibilidades jaculatorias.

El loco interrumpe con su palabra la secuencia productiva, las preocupaciones cotidianas y por esto es que debe ser ordenado en un espacio donde si bien su palabra insiste puede al fin no ser escuchada.

Manicomio y psiquiatría forman así un claro binomio al servicio del poder de un Estado, afectado por una división social del trabajo, donde el loco no entra.

Si bien anteriormente el loco era considerado un ser que había perdido la libertad, esta era todavía entendida en su sentido moral, de imposibilidad de discernimiento, mientras que en la "Era Asilar" este dará cuenta de la pérdida material de la libertad en un espacio - el manicomial - donde el discurso del Amo no pierde el tiempo y asegura su sin sentido.

Lejos de ser un insulto para la libertad, (dirá Lacan de la Locura) "es su más fiel compañera, sigue su movimiento como una sombra". Y que al "Ser" del hombre no solo no se lo puede comprender sin la locura, sino que no sería "ser" del hombre si no llevara la locura como límite.

Para concluir y como homenaje querría leerles un poema de alguien que por no tener un lugar en la división social del discurso halló su sitio detrás de los muros del hospicio sin perder por eso la posibilidad de la palabra.

Jacobo Fijman su nombre

Poeta y Loco su oficio.

CANTO DEL CISNE

Demencia:
el camino más alto y más desierto.

Oficios de las máscaras absurdas; pero tan humanas.
Roncan los extravíos;
tosen las muecas
y descargan sus golpes
afónicas lamentaciones.

Semblantes inflamados;
dilatación vidriosa de los ojos
en el camino más alto y más desierto.

Se erizan los cabellos del espanto.

La mucha luz alaba su inocencia.

El patio del hospicio es como un banco
a lo largo del muro.

Cuerdas de los silencios más eternos.

Me hago la señal de la cruz a pesar de ser judío.

¿A quién llamar?
¿A quién llamar desde el camino
tan alto y tan desierto?

Se acerca Dios en pilchas de loquero,
y ahorca mi gañote
con sus enormes manos sarmentosas;
y mi canto se enrosca en el desierto.

¡Piedad!

Texto presentado en una Mesa Redonda sobre "La Locura y El Poder", organizada por el Area de Extensión Psicoanalítica del Centro Cultural General San Martín de Buenos Aires, en el mes de Agosto del Año 1984.